

“NUESTRA EMPRESA SE CONSTRUYÓ CON SENTIDO COMÚN, HONESTIDAD Y UNA FE INQUEBRANTABLE EN EL TRABAJO”

Rodolfo Trevisan

Los orígenes

Esta historia comienza en 1923, cuando mi abuelo Dionisio llegó a la Argentina desde Italia, de un pueblo llamado San Vito al Tagliamento, en la Provincia de Pordenone. Un año después, vino mi padre —Guillermo—, que se había quedado en Italia para terminar el servicio militar. Se radicaron en la localidad santafecina de Calchaquí, en medio del campo. Allí no había nada. Para poder sembrar, hasta tuvieron que desmalezar el terreno con bueyes y arado prestados.

Mis padres se casaron en el '30, y yo llegué al mundo un 19 de febrero de 1931. Fui el mayor de seis hermanos, todos varones. Pasé una infancia muy humilde, en el hogar de un arrendatario rural. Cuando yo tenía seis años, nos mudamos a un campo a diez kilómetros del pueblo de Vera y Pintado. Todos los días, recorría a caballo los cinco kilómetros hasta la escuela. A veces, iba caminando descalzo. Llevaba las alpargatas en la mano, para que no se gastaran. Sólo pude estudiar hasta tercer grado, ya que el colegio carecía de los siguientes cursos.

Desde la cuna, ya había empezado a mamar la cultura de trabajo que me acompañaría toda la vida. A los cinco años, cuidaba a los cerdos y recogía huevos de gallina. A los once, ya sabía atar los bueyes al arado. Todos mis hermanos trabajaban en distintas tareas, acorde a la edad de cada uno. Aún conservo la imagen de mi abuelo cavando una hilera de hoyos en la tierra, para que yo echara las semillas de zapallo y calabaza. Eran las delicias que después mi madre preparaba en nuestra mesa familiar.

Los comienzos en la metalurgia

En el '42, nos mudamos a un campo a tres kilómetros de Vera y Pinta. En los años '43 y '44, una serie de inundaciones en el campo hizo que se perdieran las cosechas. Así que, con trece años, fui a buscar empleo a un taller de herrería



Primer martillo,
comprado en 1950 por
Guillermo Trevisan.

y carpintería. Entré el cuatro de diciembre del '44, como aprendiz, trabajando por la comida. Empecé barriendo, y de a poco fui adquiriendo el oficio. A veces, hasta dormía en el taller para no tener que caminar tanto hasta mi casa.

En el '50, mi padre se propuso abandonar la dura vida rural y buscar algo mejor en Buenos Aires. Pero, como era difícil conseguir vivienda, finalmente el proyecto no se concretó. Por esos días, le comenté a mi patrón que quería buscar otra alternativa para poder progresar. Él me preguntó si me animaba a alquilarle el taller. Yo contesté: *“¿Cómo no me voy a animar? Si yo sé hacer todo lo que usted hace”*. Ésa fue la aventura que emprendimos con mi padre. Trabajábamos catorce horas por día, desde el lunes hasta el mediodía del domingo, a martillazo limpio y sin energía eléctrica.

Un año después, mi hermano Daniel se incorporó a la empresa. Luego, se fueron sumando los demás hermanos. Hacíamos toda clase de tareas de herrería y carpintería, para la actividad rural, como reparaciones de arados y otras máquinas agrícolas. Nosotros mismos fabricábamos nuestras herramientas.

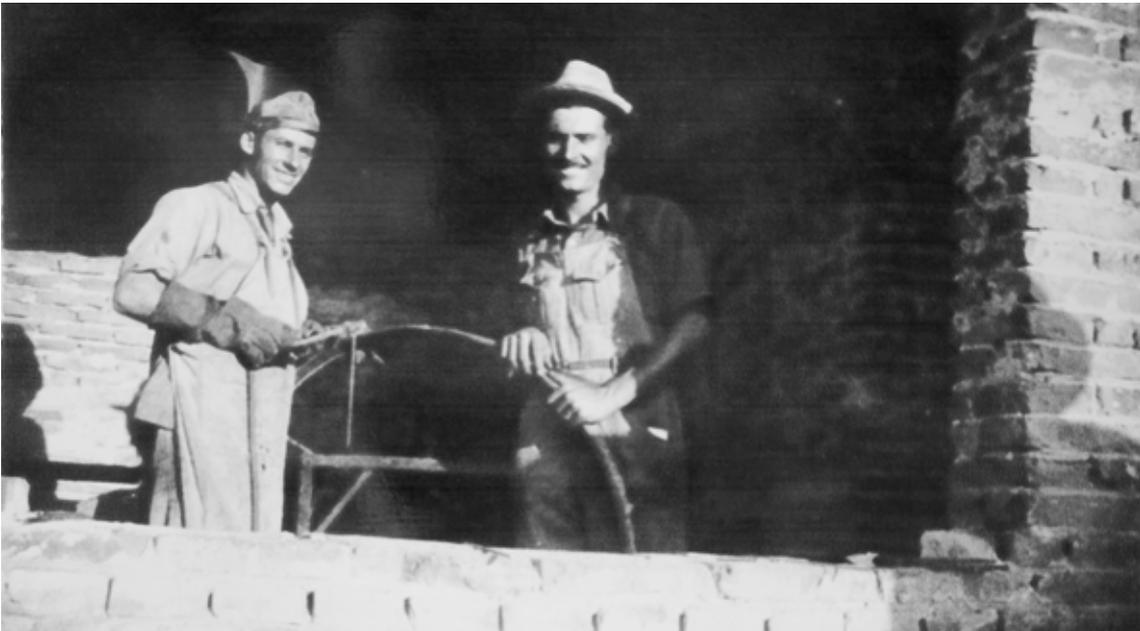
En el '52, tras mi regreso del servicio militar, compramos unos terrenos para construir nuestro propio taller. De día, trabajábamos. De noche, construíamos. Y así, de lunes a sábado. Así, a puro sudor, se fue forjando Trevisan Hermanos.

La mudanza a Santa Fe y la especialización en estructuras metálicas

Hacia 1960, éramos cinco los hermanos que participábamos en la empresa. Fuimos incorporando tecnología, en la medida de nuestras posibilidades. Primero, una soldadora eléctrica que accionábamos con el motor de un automóvil



De izquierda a derecha, Dionisio (abuelo), Anselmo (hermano), un operario, Daniel (hermano) y Rodolfo Trevisan. 1958.



Anselmo y Rodolfo Trevisan.

modelo 1925. Después, un torno usado, que compramos a la firma Mainero de Bell Ville, en la Provincia de Córdoba.

En el '61, viajé a Santa Fe para reparar el cabezal del torno. Y aproveché para averiguar si había algún galpón para alquilar. Queríamos empezar a trabajar con máquinas eléctricas, pero en Vera y Pintado aún no había red de energía. Conseguimos uno en la calle Iturraspe 1750. Una vez instalados, dormía dentro del galpón con dos de mis hermanos. Todos los días, caminábamos treinta y dos cuadras, para ahorrar en el boleto del colectivo.



Frente del taller de herrería y carpintería. 1958.



Rodolfo Trevisan enfriando una llanta.

La empresa empezó a tomar vuelo hacia el '68, cuando empezamos a construir galpones y estructuras metálicas. En el '71, nos volvimos a mudar, esta vez, a la jurisdicción de Recreo, a diez kilómetros del centro de Santa Fe. Es que el anterior taller estaba en una zona céntrica, y los vecinos se quejaban de los ruidos. En Recreo, por ese entonces, sólo había una estación de servicio, una planta de gas y un rancho. Nosotros mismos construimos el taller. Una vez colocado el techo, empezamos a dormir en el galpón, en catres con mosquitero. La producción comenzó cuando aún ni siquiera teníamos puertas ni ventanas.

Fui levantando también mi casa, pegada a la fábrica. La hice de a poco, en la medida que se podía. Es que los pocos pesos que había, los invertíamos en la fábrica. Mi esposa Amelia tampoco se echaba atrás cuando de progresar se trataba: vendía verduras, flores y bordaba para contribuir al bienestar de la familia. Fueron tiempos de enorme sacrificio.

En el '75, separamos la sociedad de mis hermanos Anselmo y Daniel. Tras la muerte de mi padre, mi hermano Andrés y yo seguimos con el negocio.

Frente de la
fábrica Trevisan
Hermanos. 2011.



Interior de
la fábrica.



Una historia de crecimiento y crisis

A lo largo de nuestra historia, hemos atravesado momentos buenos y otros no tanto, al compás de los vaivenes de la economía nacional. Pero ninguno fue tan duro como el 2001. La crisis nos sorprendió con una fuerte deuda, y con clientes que no pudieron honrar sus compromisos con nosotros.

Los abogados sugerían que nos presentáramos en convocatoria de acreedores. En una reunión, nos dijeron que para iniciar el trámite necesitábamos 50.000 pesos. Yo repliqué: *“No los tengo. Y si los tuviera, los usaría para pagar a mis proveedores, y seguir produciendo.”*



Rodolfo Trevisan,
frente a una estructura
metálica construida por
Trevisan Hermanos.

Seguimos adelante, a fuerza de trabajo. En 2002, tras la devaluación, volvieron a entrar pedidos. Tuvimos que armar todo de nuevo, pagando de contado porque nadie nos fiaba. Apenas retirábamos de la empresa lo justo para subsistir. Los empleados, por el contrario, sí cobraban lo que correspondía. De a poco, fuimos acordando con bancos y proveedores. La gente fue recuperando confianza y comenzamos a crecer nuevamente.

Trevisan Hermanos, hoy

Actualmente, Trevisan Hermanos tiene un plantel de unas cien personas, dedicados principalmente al montaje de estructuras metálicas y la construcción de naves industriales, centros de logística, naves para hipermercados, centros comerciales, instalaciones frigoríficas y techos para viviendas. Tenemos como clientes a empresas muy importantes de los rubros más variados. Hemos hecho trabajos para siderúrgicas, plantas eléctricas y fábricas de alimentos y bebidas, entre muchas otras.

Ofrecemos todo el servicio, desde el asesoramiento al cliente, apenas surge la necesidad de la obra, hasta el diseño y la ejecución del proyecto, siempre buscando una máxima calidad y el cumplimiento de nuestros acuerdos. En Trevisan Hermanos, el cliente puede encontrar desde la orientación y planificación para una gran obra a través de nuestro Departamento de Ingeniería, y también todos los elementos necesarios para la construcción de un techo para una vivienda familiar.

Para satisfacer nuestra demanda, en 2010 inauguramos una sucursal en la Avenida Peñalosa de la ciudad de Santa Fe. Allí, hay más de treinta empleados con su equipo de logística para brindar un servicio inmediato.

La regla de oro es la apuesta por nuestra gente. Con mi hermano Andrés, siempre hemos buscado incorporar profesionales. Algunos, como el Ing. José Galán, nos acompañan desde hace treinta años. Una cuenta pendiente es la exportación, pero contamos con un equipo de profesionales que se están involucrando en los nuevos mercados y evalúan los compromisos a tomar.

El legado

Conocí a Amelia, mi señora, en el '55. Ella era vecina del taller. Nos casamos en el '57. Tenemos una hija, Mabel, y un hijo, Ricardo. Mabel es madre de Marcelo y Cecilia. Marcelo me dio tres bisnetos: Milena, Michel, y Matías que viven en Italia. Ricardo es padre de Lucas y de Stefano. Mi hermano, que falleció en 2007, tiene tres hijos varones, que hoy son accionistas de la empresa, pero no participan de la gestión.

Desde hace unos cinco años, mi hijo Ricardo es quien dirige la empresa junto a su esposa Miriam, que es la responsable administrativa. Él tuvo una experiencia de trabajo en Italia, donde aprendió mucho sobre el negocio. Ricardo dio un gran empuje a la compañía. Al comienzo, le tenía miedo a algunas de sus innovaciones, pero después descubrí que eran para bien.

Empecé trabajando en el campo a los cinco años, y con mi formación de tercer grado, me lancé a una aventura empresarial. Hice lo mejor que pude: nuestra empresa se construyó con sentido común, honestidad y una fe inquebrantable en el trabajo. Jamás pedimos algo que no nos correspondiera. Mi consejo para los continuadores es que mantengan la conducta que yo heredé de mis padres: hablar con la verdad, cumplir con la palabra y no jorobar a nadie.

Mi nieto Lucas ya está en la empresa. Él nació en una buena cuna, pero igualmente estudia y trabaja en la Oficina de Ingeniería. Stefano, el menor,

también estudia Arquitectura. Los dos son muy estudiosos, y con ellos la continuidad está asegurada.

Mi madre siempre decía: *“No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti”*. Esta es la regla de oro que hemos seguido desde la cuna. La respetamos siempre, aunque implicara perder dinero. Jamás hicimos una maniobra desleal para ganar un contrato. Y aquí seguimos, después de medio siglo, cumpliendo siempre con todos.